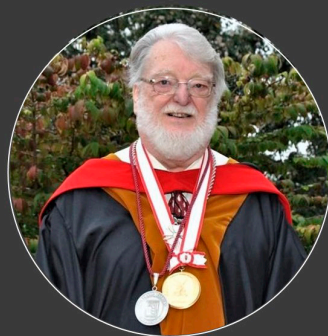


Nostalgias a la orilla de un río

Homenaje al maestro Manfred Max-Neef



Uno a uno, nos fuimos juntando en torno al humeante café que confortaba esa tarde fría del invierno austral. Valdivia se escurría el último chubasco de aquella semana gris y el sol se asomaba tímidamente por entre los coihues y los arrayanes. Todo volvía lentamente a la normalidad y la rutina del trabajo, incolora y sutil, se apoderó poco a poco de la vida, con la misma paciencia con que el musgo coloniza el tronco de los pinos del bosque. Sentados en una terraza a la orilla del río –en un bello rincón de Torobayo– no muy lejos de la casa del maestro y sin más combustible que la nostalgia por su partida, nos fuimos adentrando en los recuerdos, como quien pone rumbo a una isla lejana en medio de la lluvia.

Esta tarde libre, acompañada de café, amigos y nostalgias, nos ha puesto de frente al vacío. Lo inevitable ha ocurrido: el profesor Arthur Manfred Max Neef, el maestro, mentor, colega, compañero y amigo de unos y de otros, en distintas formas, proporciones e intensidades, se ha ido con el tibio sol de este 8 de agosto. Sabíamos que iba a suceder en algún momento, pero finalmente nunca estamos preparados para esta experiencia; por ello, lo previsible de la circunstancia no aminora la tristeza por su partida, ni la orfandad de su ausencia en la Universidad, y sólo nos reconforta la herencia de conocimiento y la enseñanza de vida que nos ha legado, con solo seguir su camino.

Como señala Cristian S.¹ nadie sabe bajo qué circunstancias, en qué tiempo y a qué edad una persona puede transformarse en patrimonio de la Humanidad, trascendiendo fronteras geográficas, idiomáticas y del tiempo, pero si una persona es capaz de escuchar y comprender las señales de la Naturaleza y dar respuestas adecuadas a ellas, se transforma

1. Cristian E. Salazar Concha es Ingeniero Civil en Informática, Master y doctorando en Sociedad de la Información y el Conocimiento en la Universitat Oberta de Catalunya, académico del Instituto de Administración de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas, y Director de la Escuela de Auditoría de la Universidad Austral de Chile, en Valdivia.



en uno de los elegidos para generar un cambio en la forma como se concibe el mundo. Manfred pudo leer tempranamente el mensaje de la Tierra, hizo lo que debía hacer y fue fiel a este ideal por el resto de su vida. Con sus teorías, sin lugar a dudas, sirvió y seguirá sirviendo al bien común, al mundo entero y al futuro de la Humanidad.

Aunque aprendimos a quererlo y admirarlo por igual, todos lo habíamos conocido de distinta manera. Ángela² recordó cómo archivó en su carpeta de “Conocimientos Varios” todo lo que había aprendido durante años sobre crecimiento, economía y estrategias de negocios, cuando sucumbió ante la magia del Desarrollo a Escala Humana, la Matriz de Necesidades Humanas Fundamentales –*finitas, pocas y clasificables*– y la emoción de saber que se pueden generar satisfactores sinérgicos que contribuyen directamente al desarrollo y bienestar de las personas, y donde es posible integrar el poder de la transdisciplina. Mientras apuraba un sorbo de su capuccino, una sonrisa se le dibujó en el rostro al recordar aquel juego de preguntas recurrentes sin respuesta:

-¿Quién es usted? le preguntó él muchas veces. –*Una persona humana*– le respondió ella un día. Y la mirada satisfecha del maestro le dejó saber que al fin había dado con la respuesta correcta. ¡Cuánto había costado encontrar las palabras precisas, que daban verdadero sentido a aquella cuestión!

Palabras clave le faltaron a Héctor José³ para explicarle a Manfred en 2015 porqué se salió sorpresivamente de su conferencia central en el congreso de Convergence en Cartagena de Indias en 1997. La verdad es que lo había escuchado por primera vez una semana antes en Manizales y tal desplante público tenía como culpable a Eduardo Galeano, quien había quedado “abandonado” por ahí luego de saludar al maestro, y a quien el colombiano se le pegó como una rémora en medio del evento. Años después, cuando ya Manfred hacía parte del Comité Científico de Teuken, el editor se confesó en un artículo de homenaje póstumo a Galeano y fue entonces cuando Manfred se enteró. La anécdota resultó muy divertida para el maestro, que en 1997 no conocía a Héctor y ni se percató de su

2 Ángela Morales Araya es Relacionadora Pública y Magister en Administración (MBA) de la Universidad Austral de Chile, donde es Coordinadora Ejecutiva del Máster en Desarrollo a Escala Humana y Economía Ecológica.

3 Héctor J. Sarmiento Ramírez es Magister en Administración por la Universidad Nacional de Colombia, cursa Doctorado en Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales (Contabilidad Social y Ambiental) en la Universidad de Burgos y es profesor investigador del Politécnico Colombiano, en Medellín.



ausencia, pero nuestro amigo colombiano, que los quería enormemente y los admiraba por igual, escribió su historia, descargó su culpa y respiró aliviado.

No menos emotivo era el recuerdo de Felix,⁴ pues recién llegado a Valdivia con su familia se sintió especialmente acogido por el maestro. En esta ciudad, Manfred (y por extensión, Chile) le abrió las puertas de su casa de una forma extraordinaria, solo algunos días después de haberse conocido, y desde ahí se formó una profunda, sincera y bonita amistad. Fue esa amabilidad lo que le hizo sentirse en casa, aún tan lejos de su Alemania natal, y ahora es inevitable el gran vacío que deja la partida de un guía, un colega, un gran amigo. Su relación con Manfred fructificó en varios trabajos que ahora adquieren un gran valor, pues de allí le surgió la idea de que la teoría del Desarrollo a Escala Humana podría usarse para construir un índice que mida el desarrollo endógeno de una región. Ese índice que cuantifica lo cualitativo y mide la percepción subjetiva de la satisfacción de las necesidades fundamentales. Un “Índice de Desarrollo a Escala Humana”.

Manfred pudo –*como muy pocos lo logran*– conocer de cerca la realidad de Latinoamérica y entender la injusticia social que suelen generar los modelos económicos convencionales y tradicionales en nuestra región. Mientras se deleitaba con el aroma del café colombiano que Héctor había traído para la ocasión, Cristian (S) disfrutaba recordando haberle escuchado muchas frases contundentes, como *“esta economía neoliberal ha matado más gente que todos los ejércitos del mundo”*, *“La Economía debía estar al servicio de las personas y no las personas al servicio de la economía”*, o *“La obsesión por el crecimiento es un completo disparate”*, ideas que reflejaban su incomodidad por la forma como es medido el crecimiento económico de los países, y su capacidad para comprender el rol del hombre en su espacio sinérgico. De acuerdo con su hipótesis del umbral *“en la naturaleza, todo sistema vivo crece hasta un cierto punto en el que detiene su crecimiento, pero no detiene su desarrollo. El desarrollo puede seguir infinito, pero el crecimiento no”*. Su mirada crítica le permitió generar ideas en pos de una economía transdisciplinaria para la sustentabilidad, haciendo énfasis en *“los esfuerzos humanos, pequeños y apasionados”*.

4 Felix Fuders es Magister en Administración de Empresas Internacionales y Doctor en Ciencias Económicas y Sociales por la Universidad Erlangen-Nuremberg. Actualmente es académico del Instituto de Economía de la Universidad Austral de Chile, en Valdivia.



Mundialmente conocido por su teoría del “Desarrollo a Escala Humana”, Manfred definió el desarrollo con base en una matriz de necesidades humanas fundamentales. En contra de la visión hegemónica de la economía, donde “cuanto más, mejor” es uno de los supuestos sobre las preferencias del consumidor, en la teoría del Desarrollo a Escala Humana las necesidades son finitas y son las mismas en todas las culturas del mundo, lo que cambia de cultura a cultura es la forma como se intenta satisfacerlas. El desarrollo, entonces, no se define por la existencia de algunos artefactos o circunstancias arbitrariamente escogidos como indicadores del desarrollo, sino por el grado de satisfacción de las necesidades. Desarrollo es, por lo tanto, cualitativo y subjetivo, y no cuantitativo y objetivo. Felix siempre repite que esto es espectacular.

A pesar de que todos conocíamos de tiempo atrás su obra, siempre nos sorprendió la claridad de su visión del mundo. Mientras se servía un segundo café, Christian (H),⁵ que disfrutaba especialmente de su compañía, nos recordó que siempre estaban en las antípodas. Él insistía en reconstruir ese pasado que le fascinaba y por eso le pedía que hablara de los años 40 del mundo, de los 50 del norte de Chile, de los paisajes y los bosques de araucarias en los 60, con su mirada siempre hacia el pasado, pero el maestro siempre tenía la vista puesta en el futuro. Manfred le resolvía pacientemente las inquietudes del pasado y luego le planteaba las suyas, pues pensaba recurrentemente en el futuro: en esto, a lo que hemos llegado en el siglo XXI y lo que vendrá, “la deshumanización del gigantismo” que preconizó en “La Dimensión Perdida”.

Cuando hablaba del futuro, Manfred siempre se preguntaba como habíamos llegado hasta aquí y su justificación clásica era su teoría de la estupidez humana (Desarrollo a Escala Humana, Cap. 6). Si bien la tecnología se diseñó y desarrolló para resolver problemas y ayudar a los seres humanos, esta tecnología se volvió contra de los propios seres humanos, y a pesar de toda ella, tenemos cada vez menos tiempo para lo trascendental; hemos creado tiempos paralelos (el tiempo real y el tiempo virtual) y creemos vivir entre uno y otro, sin lograr la anhelada articulación orgánica entre seres humanos, naturaleza y tecnología, esa conexión que Manfred propuso, inspirándose en la visión del “small is beautiful” de Schumacher. La economía tradicional se vuelca hacia lo macro, y se olvida o no quiere ver que todo lo macro está compuesto por la sumatoria de múltiples micros. El maestro, que era un hombre adelantado a su época,

5. *Christian O. Henríquez Zúñiga es académico del magister en Desarrollo a Escala Humana y Economía Ecológica de la Universidad Austral de Chile y Coordinador del Campus Austral del Right Livelihood College, en Valdivia.*




tenía muy claro que viajamos por la galaxia a bordo de un ente vivo y que ignorar sus partes altera por completo al sistema planetario.

Como académico comprometido que siempre fue, Manfred estaba muy preocupado por la educación de nuestros jóvenes y por la forma como hemos planificado la educación superior.⁶ Siempre estaba atento a participar en charlas y conferencias para los estudiantes y para la comunidad en general y a menudo escribía correos electrónicos felicitando los logros de sus colegas y apoyándolos cuando se lo pedían. Cristian (S.) aprovechó una pausa del café para presumirnos que Manfred le había dado una carta de recomendación para postularse a su doctorado, y no hubo forma de negarle que al menos en eso, no teníamos cómo competirle. Christian (H) intentó frenar su entusiasmo con un apunte más exclusivo, pero guardó la carta ganadora para el final.

El tomecino retomó el rumbo para contarnos que Manfred observaba con preocupación nuestra forma de enseñar en la Universidad. Los chicos leen muy poco y *“viven básicamente de las redes sociales en torno a cuestiones personales...”*. Al parecer, en esto hay una responsabilidad compartida que él quería evidenciar: *“No he podido dejar de preguntarme, cómo les estamos enseñando. Por ejemplo, los llenamos de matemáticas presuntamente necesarias para la economía, pero nadie les ha dicho que el creador de la economía matemática fue Leon Walras. Les enseñamos administración, pero desconocen a Schumpeter, el principal pensador de la empresa y del rol empresarial. Se les enseña política monetaria, tipos de cambio, precios; pero no saben qué fue Bretton Woods, cuna de los grandes organismos encargados de ello, como el FMI y el Banco Mundial. Estamos llenos de noticias relacionadas con los productos genéticamente modificados y la colosal influencia de una transnacional peligrosa como Monsanto, pero no la conocen”*. Estamos enseñando para la competitividad y esperamos que trabajen para la sustentabilidad; es evidente que algo no está en su lugar.

Todos tenemos una tarea especial en la vida, una tarea por la cual estamos aquí en la Tierra, y que podríamos considerar como parte de la máxima ley, el mandamiento trascendental del amor al prójimo del que hablaban los

⁶ Con la intención de aportar su conocimiento a la planificación de la educación superior, Max Neef fue rector de la Universidad Bolivariana (1991-1994) y luego de la Universidad Austral de Chile (1994-2002). Su trayectoria académica y de investigación mereció cuatro doctorados honoris causa y múltiples reconocimientos internacionales, como el Right Livelihood Award, considerado el premio Nobel alternativo en Economía.



apóstoles Pedro y Mateo, o lo que Kant llamó el “imperativo categórico”. Félix, que tiene una perspectiva muy espiritual, nos recordó que Platón ya había filosofado sobre esto, exhortando que cada uno debe hacer lo suyo con sus mejores talentos. Es probablemente justo esto a lo que Manfred se refería cuando solía despedir a los alumnos en las ceremonias de graduación con la frase: “hagan lo que deben hacer”.

Manfred hizo lo que él debía hacer la mayor parte de su vida. Alguna vez le contó a Félix que cuando trabajaba en la compañía Shell, una noche estaba escuchando una sinfonía de Brahms, y sucedió un incidente casi místico: le llegó el entendimiento, el mandato supremo de que el sentido de la vida estaba en servir al mundo, al bien común, haciendo lo “suyo”. Cuenta que desde ese momento dejó su trabajo en la empresa multinacional y empezó a combinar su don para la música con la teoría económica, dándole “melodía a la economía”. Su especial perspectiva del deber estaba muy conectada con las necesidades de la gente, donde la educación es absolutamente esencial, y por eso, al terminar su periodo rectoral, regresó a su facultad y comenzó a dictar la asignatura “Mundo Contemporáneo” cuyo objetivo era enfrentar a los estudiantes con los problemas más trascendentes que están ocurriendo en el mundo, pues “es necesario integrarse y hacerse parte del entorno, para poder efectivamente comprenderlo, más allá de sólo entenderlo”.

Era común verle en las ceremonias de titulación, en los almuerzos y cenas de camaradería, siempre con su inseparable compañera Gaby. En los últimos meses, antes de su partida, fue homenajeado en distintas ocasiones. En una de esos actos, denominado: “Manfred Max Neef de cara al Siglo XXI”, evidentemente emocionado, nos regaló un mensaje sobre lo que para él era la felicidad y ser un gran hombre: *“Las cosas más importantes que a mí me han ocurrido y que han sido responsables de mi felicidad, son cosas que yo no pretendía. Esas son las lindas paradojas de la vida. Yo aquí, hoy día, me siento muy feliz. Cuando dije a los 11 años que quería ser un gran hombre, muchos entendían que era ser poderoso, fuerte, rico o un líder. Y no. Para mí la grandeza consistía en la capacidad de hacer buenos amigos. Hoy puedo decir que logré ser un gran hombre y por eso doy las más profundas gracias a quienes lo hicieron posible”*.

De facetas tan humanas como esta que comentó Cristian (S), queríamos hablar desde hacía mucho tiempo. Por eso Héctor José le contactó después de varios años, para pedirle que actuara como autor invitado de honor en una edición de Teuken, pero luego de discutirlo y previendo que la salud de Manfred dilatará la terminación del producto, llegaron al acuerdo de que sería mejor hacer una entrevista académica, aprovechando que el



editor haría su pasantía doctoral en el sur de Chile a finales de este año. Se escogieron algunos temas, se fijaron los límites y se acordó que el maestro revisaría la versión final del texto; pero la pasantía se pospuso para 2020, el invierno se vino encima y entonces Manfred decidió adelantarse. La entrevista nunca se hizo. Allá en Medellín se quedaron las mermeladas de lulo y uchuva que Héctor le había prometido por dedicarle dos de sus libros, y esta revista, de la que hacía parte desde 2013, se quedó sin el registro de aquella personalidad extraordinaria y lamentó su doble pérdida.

A esa altura de la charla, la cafetera ya no dio más y el tenue sol de ese corto día se ahogó en el “pacífico” Pacífico. Las primeras sombras de la noche valdiviana acogieron la última revelación de Christian (H), que recordó varias conversaciones con Manfred estimuladas primero por pichunchos y tiempo después por charchunchos. Mientras que el primero –*una mezcla de 70 ml. de pisco y 30 ml. de Vermuth*– era un aperitivo muy tradicional, con una historia popular de al menos 50 años, el segundo –*el Charchuncho*– es obra y creación de Manfred y así lo hizo saber él cuando, por razones médicas, le limitaron los destilados. Así echó a volar su creatividad e inventó, junto a su esposa Gaby –*claro está*– el Charchuncho, este nuevo elixir de la buena vida que consiste en 70 ml. de vino Chardonay y 30 ml. de Vermuth. Con ese coctel recorrieron muchas veces los paisajes del siglo XX y las visiones del futuro, y antes de que Manfred lo advirtiera, el Christian le había hecho bajar tres botellas. “*Qué bien! Esa, no cualquiera la cuenta*”, aceptaba Manfred, mientras nuestro amigo celebraba su exclusividad a carcajadas.

Bien dice Ángela que las historias son infinitas y las experiencias a su lado, de un valor incalculable. Sus enseñanzas permanecerán en nuestros corazones y en nuestros pasos como prueba absoluta de su trascendencia. En su camino marcó a fuego a muchas personas y cada uno es hoy un grano de arena, una roca, una caracola o una palmera con los que esperamos en algún momento, podamos todos juntos formar una gran playa, donde una relación respetuosa y consciente entre el ser humano y la naturaleza, sea nuevamente posible. Perdimos la presencia física de este hombre grande, riguroso, práctico, preciso, amoroso, dedicado a sus estudiantes y a su compañera Gaby, pero su huella y su recuerdo permanecerán siempre como la imagen del hombre que se atrevió a ir contra la corriente cuando en América Latina era un riesgo cuestionar.

Nosotros, y quienes le conocimos, creemos y confiamos en que su legado inspirará a las nuevas generaciones; que sus ideas pervivirán y serán cultivadas por sus estudiantes, seguidores y colaboradores en

todo el mundo; que quienes le escucharon no olvidarán su voz, y que sus enseñanzas serán incorporadas en las cátedras universitarias y en los programas de desarrollo económico y social de los países. Creemos junto con él, que otro mundo, justo y sustentable, es posible, y que el futuro pasa por la reinención del desarrollo, basado en el bienestar de las personas, el respeto por la vida y el amor por nuestra Tierra.

Uno a uno, los privilegiados nos fuimos yendo, celebrando la ocasión del recuerdo y la nostalgia, y dando gracias a Dios, la Vida y el Universo (si es que no son lo mismo) por permitirnos cruzar espacio, vida y tiempo con este Gran Hombre Grande de América Latina.

Hasta siempre, Maestro!

Ángela Morales Araya - Christian Henríquez Zúñiga
Cristian Salazar Concha - Felix Fuders
Héctor José Sarmiento Ramírez

